

Freud de vacaciones

RENÁN SILVA

Universidad de los Andes, Bogotá, Colombia



Freud en vacaciones

Resumen

Este texto tiene el propósito de presentar la correspondencia veraniega que Freud enviaba desde Italia y otros lugares a su familia, y muestra de qué forma la correspondencia familiar puede ser una fuente muy reveladora, tanto sobre quien la escribe como sobre la época de su escritura.

Palabras clave: arte, correspondencia, Estados Unidos, Italia, sociedad moderna, vida familiar.

Freud on Vacation

Abstract

The purpose of this text is to present the summer correspondence that Freud sent to his family from Italy and other places, showing how family correspondence can be a revealing source, both about the author and about the time of its writing.

Keywords: art, correspondence, family life, Italy, modern society, United States.

Freud en vacances

Résumé

Le propos du texte est de présenter la correspondance d'été que Freud envoyait à sa famille lorsqu'il se trouvait en Italie ou ailleurs, afin de montrer comment la correspondance de famille peut bien être une source révélatrice, autant de son auteur que de l'époque de son écriture.

Mots-clés : art, correspondance, États-Unis, Italie, société moderne, vie familiale.

*e-mail: rj.silva33@gmail.com

“En recuerdo de Z.,
quien me enseñó cosas que van desde la a hasta z.

Primera desilusión: el Vesubio no echa humo”.

CARTA DE FREUD PARA MARTHA BERNAYS
31-08-1902

“He comprado para ti una pantalla de estufa veneciana,
como la que vi en casa de Biach [un amigo de Freud]. Es todo ridículamente barato”.

CARTA DE FREUD PARA MARTHA BERNAYS
30-08-1895

1. Sigmund Freud, *Cartas de viaje 1895-1923* (Madrid: Siglo XXI, 2006). Edición a cargo de Christfried Tögel con la colaboración de Michael Molnar [2002]. Traducción castellana de Carlos Martín. Algunas de las cartas ya habían sido publicadas, pero la mayor parte de ellas se encontraba inédita. Las cartas seleccionadas han sido aquellas escritas por Freud cuando se encontraba lejos de casa por motivos de placer, casi siempre en la parte del verano que reservaba para él, lejos de la familia. La inclusión de las cartas enviadas desde Estados Unidos y sobre todo durante el viaje de ida se encuentra, en mi opinión, justificada pues, como veremos, el viaje fue un verdadero placer.
2. La mayor parte de las menciones que se han hecho se detienen en observaciones generales sobre el género epistolar o vuelven a traer a cuento anécdotas y circunstancias que hace mucho tiempo son de dominio público. Véase, por ejemplo, Ana Rodríguez Fischer, “Cartas de viaje (1895-1923)”, en *Letras Libres* 60 (octubre, 2006): 69-70, quien señala la importancia del libro y el placer de su lectura.
3. Véase Sigmund Freud, *Cartas a la novia* (Barcelona: Tusquets, 1984).

A pesar de que han transcurrido cuatro años desde la publicación en castellano de la correspondencia de viaje de Sigmund Freud¹, no han sido muchas las reacciones ante este texto memorable, tanto por el contenido como por la forma². Se sabe que Freud era, como la mayor parte de los intelectuales de su tiempo, un gran escritor de cartas, y casi todos los conocedores de su obra han leído y apreciado por su estilo literario muchas de tales cartas, entre ellas, de manera muy particular, esas primeras que, siendo aun un estudiante y albergando planes matrimoniales envió a su futura mujer³.

Pero creo que las *Cartas de viaje* de las que nos queremos ocupar aquí no han capturado verdaderamente la atención ni de los especialistas del psicoanálisis ni de los críticos literarios ni de los historiadores, quienes podrían no solo experimentar el placer de su lectura, sino aprovechar una rica materia prima documental, legada por un gran observador de sí mismo y de su sociedad, un observador que es capaz de ironizar sobre sí mismo y de introducir con una gran dosis de humor agudos comentarios sobre el mundo que observa, como tendremos ocasión de mostrarlo.

Hay que indicar que las reseñas de *Cartas de viaje* tienden a ser favorables y a comentar el libro con simpatía, pero con la idea de que se trata sencillamente de una correspondencia familiar de la cual es poco lo que habría para aprender. Así, por ejemplo, una corta reseña aparecida en la *Revista Chilena de Neuro-psiquiatría* nos informa que “se trata de un libro prescindible” y afirma que sin leer estas cartas “sabríamos tanto de Freud como antes de examinarlas”⁴.

4. Gustavo Figueroa, “Cartas de viaje 1895-1923”, *Revista Chilena de Neuro-Psiquiatría* 45.3 (2007): 243.

Para Gustavo Figueroa, el reseñista, son anotaciones que no tienen otra aspiración que la de “narrar a sus seres queridos la situación [de viaje] en que se encontraba [Freud]” y “las distintas bellezas y obras de arte que él podía contemplar y adquirir”⁵, lo que supone, desde mi punto de vista, no solo dejar pasar la oportunidad de examinar la forma como Freud percibe las sociedades con las que entra en contacto (Italia, Estados Unidos, Holanda, Inglaterra), sino desnaturalizar el tipo de relación intensa que Freud tuvo con el arte, un hecho decisivo en su vida, sobre todo a partir de cierto momento en el que Freud realiza su propio descubrimiento del valor y el significado del arte en el plano del conocimiento y de la felicidad⁶.

Según el texto de Figueroa que glosamos, existe una “naturaleza humana” por fuera de toda contingencia histórica, naturaleza universal y *perennis*, que las cartas de Freud pondrían de presente, pues ellas no reenvían a la vida de un intelectual alemán de clase media y de orígenes judíos, en una época de gran creatividad y de logros muy precisos en el plano del reconocimiento intelectual y el ascenso social, sino que nos pondrían en contacto con el “Freud cotidiano”, con el maestro de Viena “en toda la ingenuidad propia del vivir como todos lo hacemos”, es decir, “simplemente Freud terrenal”⁷.

De manera opuesta a la reseña citada, que considera las *Cartas de viaje* como una lectura “prescindible”, puede argumentarse, desde el punto de vista del historiador, que se trata de una *fuentes* de primera importancia para saber sobre Freud y sobre su mundo, no solo por las calidades de observador que las cartas ponen de presente, sino además porque de manera indirecta, más allá de las intenciones del propio autor de la correspondencia, esta nos informa sobre la manera como Freud va incluyéndose en ese mundo moderno de finales del siglo XIX y principios del siglo XX, un mundo rico en cambios culturales y en cambios tecnológicos, un mundo social que bien puede ser definido como el del acceso de masas al consumo, como el del afianzamiento de las clases medias profesionales y el de la aparición de nuevos “horizontes de expectativa”, por lo menos para los grupos sociales que se encontraban en posibilidad de pagarse esa serie nueva de placeres y facilidades que la sociedad incorporaba.

Este último punto mencionado resulta muy visible a través del examen de la correspondencia y otros materiales incluidos en *Cartas de viaje*, y permite comprender sin ningún exceso de interpretación de qué forma la coincidencia entre un Freud en tiempos de prosperidad económica, como profesional liberal, y una sociedad de

Teodorico el Grande, y Justiniano está retratado en Mosaico... [Lord] Byron vivió aquí dos años”, lo que complace sus búsquedas de la belleza y le ayuda en su necesidad permanente de grandes héroes con los que identificarse. Sigmund Freud, *Cartas de viaje*, 53.

6. Como es apenas normal, Freud no siempre tuvo una concentrada pasión por el arte (las actitudes de recepción del arte —filiteas o no— dependen en gran medida del medio familiar de origen o del medio de formación escolar, aunque en este segundo caso deben ser incorporadas en la vida personal a través de un gran trabajo de elaboración). El acceso de Freud a la gran cultura clásica de Occidente, sobre todo en lo que tiene que ver con la imagen, no dependió de su familia, sino ante todo del mundo escolar y de su propio trabajo *sobre sí*, y le exigió tiempo y dedicación. Hablando de la pintura, le escribía a Martha Bernays que “me he librado de mi filiteísmo y he comenzado a admirarla”. Véase Freud, citado en Carlo Ginzburg, “Morelli, Freud y Sherlock Holmes: indicios y método científico”, en Umberto Eco y Thomas Sebeok, eds., *El signo de los tres: Dupin, Holmes, Peirce* [1983 en inglés] (Barcelona: Lumen, 1989), 122. Sobre los determinantes sociales del “amor al arte”, véase Pierre Bourdieu, *El amor al arte: los museos europeos y su público* (Barcelona: Paidós, 2003).
7. Gustavo Figueroa, “Cartas de viaje 1895-1923”, 244.

5. Ibíd. La elevada valoración que del arte hace Freud en su vida de adulto puede verse de manera repetida en *Cartas de viaje*. Así, por ejemplo, al llegar de visita a Ravena (en el

verano de 1896), declara que se trata de “un poblacho miserable” y que el hotel es muy malo, pero que no hay derecho a queja, pues “aquí está enterrado Dante... Aquí yace

consumo en ascenso, favorecieron en Freud una actitud aprobatoria, expansiva e irónica de muchas de las novedades del tránsito europeo y americano hacia una sociedad moderna, individualista y hedonista (dos calificativos que tampoco deben entenderse como condenas morales).

8. Para Gustavo Figueroa, en el texto que hemos venido glosando, Freud era un “impenitente viajero por un impulso arcaico”. Figueroa, “Cartas de viaje 1895-1923”, 244. Aunque no conocemos el alcance que otorga al término “arcaico”, no deja de ser necesario recordar que muchísimos intelectuales de su época y aun gentes que nada tenían que ver con la vida intelectual (comerciantes, industriales y profesionales de las nuevas clases medias producto de los cambios en la división del trabajo) tuvieron el “mismo impulso arcaico” y se hicieron viajeros frecuentes de verano, lo que sus padres, una generación antes, no habían podido hacer, sobre todo porque el turismo no se había hecho aún una *actividad de masas*, lo que rebajó enormemente sus costos.
9. La costumbre de las vacaciones de verano —en Freud la fase previa al viaje de placer propiamente dicho, todo entre julio y septiembre— parece haberse extendido ampliamente en estos años entre la nueva intelectualidad de clase media. Freud va de vacaciones familiares a Aussee y “aquel verano coincidieron en Aussee numerosas personalidades: Hugo von Hofmannsthal, Theodor Herzl, Carl Lueger, Karl Kautsky, Karl Krauss”, según anota el editor de la obra. Véase Sigmund Freud, *Cartas de viaje 1895-1923*, 45.

Es desde este último punto de vista mencionado —posiblemente un punto de vista puramente *prosaico* para los que estiman el enfoque de la sociología como reductor y simplista—, que queremos referirnos aquí a las *Cartas de viaje*, con el propósito, entre otros, de mostrar, de qué manera la obra del gran explorador del “alma humana” se inscribe en las corrientes normales de cambio de la sociedad de su época, sobre todo en lo que tiene que ver con la evolución en las formas de vida de la clase media intelectual, y de qué forma muchas circunstancias de la vida de Freud no deben adscribirse a “rasgos de carácter” vistos como estrictamente personales e interpretados en términos exclusivos del “personaje”, sino que deben su forma general a algunas de las evidentes corrientes de vida de su época, de su grupo social y de su medio intelectual⁸.

Nos interesamos, pues, por leer las cartas de Freud —sin reducirlas a esa dimensión—, para saber algo más sobre la forma en que su *ciclo vital* y su *trayectoria individual* se inscriben en un marco más general, que no deja de darles un sentido y una tonalidad, lo que de ninguna manera anula la asimilación peculiar de esa experiencia histórica. Como se sabe, en estadística social, los promedios no se oponen a las desviaciones, como en principio podría pensarse⁹.

Hay que destacar, desde el punto de vista editorial, antes de entrar en materia, que *Cartas de viaje* es un hermoso libro —como objeto—. Una presentación muy informada, realizada por un verdadero especialista, muy pocas erratas —menos de una docena, según mi contabilidad—, una admirable reproducción de muchas de las postales y fotografías adquiridas por Freud en sus viajes, complementadas con grabados de los lugares recorridos, propuestos por el editor, hacen de este volumen posiblemente el más lindo de los dedicados a Freud en castellano.

El libro viene además acompañado de informaciones precisas y detallados mapas sobre los desplazamientos de Freud y ofrece las propias “time tables” de las estaciones de ferrocarril, que permiten confirmar la veracidad de los itinerarios señalados por Freud. Hay también un listado general de los viajes realizados, en cada caso señalando sus fechas y la indicación de las personas que acompañaron a Freud en sus recorridos (Martha, unas pocas veces; su hermano Alexander, en muchas oportunidades; su cuñada Minna Bernays y algunos de sus colegas y discípulos más cercanos), lo mismo que el nombre del destinatario familiar de cada una de sus correspondencias, indicando para cada caso si se trató de una carta propiamente dicha o de una o varias tarjetas postales.

II

Antes de entrar en materia, resulta aconsejable acompañar estas líneas de una reflexión sobre la práctica de la correspondencia, un tema sobre el que la investigación histórica ha avanzado mucho en años recientes¹⁰.

La carta fue para los hombres de letras, desde por lo menos el siglo XVII, un instrumento esencial de comunicación —que luego el teléfono e internet arruinarían— y una forma de sociabilidad básica, no solo desde el punto de vista de su escritura, sino también de su lectura, que en general tendía a ser colectiva. El siglo XVIII y la Ilustración llevarían mucho más lejos esta práctica de comunicación, al punto que desde entonces buena parte de la correspondencia de los intelectuales y creadores se considera como parte integral y a veces como su *obra misma*¹¹.

La carta asociaba —y por principio— un elemento de amistad y de “comunidad” en un cierto número de ideales. No se escribía a cualquiera, y la correspondencia suponía, si quería llegar a ser un verdadero intercambio espiritual, el acuerdo de las partes y una consideración de *pares* (de iguales), lo que ha permitido afirmar que la correspondencia fue un instrumento inicial de formación de *valores de igualdad*, mucho tiempo antes de que tales valores adquirieran la amplitud social que luego conocerán y antes de que la práctica de su ejercicio constituyera un rasgo de la propia definición de sociedad moderna.

En el caso particular de Freud sabemos que se trata de un prolífico escritor de cartas, y es reconocido que buena parte de su legado se encuentra en su correspondencia. De hecho un simple estudio estadístico de la frecuencia de su correspondencia sería suficiente para tener indicios seguros de su universo de amistades, del régimen de sus afectos y de su deseo de comunicar lo que iban arrojando sus descubrimientos, sobre la base de su experiencia clínica y su propia evolución en el campo teórico general de lo que llegará a llamarse psicoanálisis¹².

En un mismo día de vacaciones Freud puede escribir a varios corresponsales: su familia, un amigo al que piensa ligado de manera directa a la “nueva ciencia”, o un corresponsal un poco más lejano, pero que puede estar comprometido con tareas de edición o de difusión del psicoanálisis, aunque *Cartas de viaje* solo recoge de manera directa la correspondencia familiar¹³.

10. Véase, por ejemplo, Roger Chartier (ed.), *La correspondance. Les usages de la lettre au XIX siècle* (Paris: Fayard, 1991). Véase de manera especial “Avant-propos”, 7-13.

11. El asunto puede llegar hasta una noción

confusa de lo que constituye la “obra” de un autor. Véase como ejemplo el caso reciente de la nueva edición de la correspondencia de Nietzsche, en cuyo primer tomo se incluyen algunas cartas de su infancia y primera juventud,

que nada tienen que ver con lo que reconocemos como la “obra de Nietzsche” y que suponen, además, que el pequeño Federico fue el filósofo Nietzsche desde el primer día en que algún adulto puso un lápiz en su mano. Véase Friedrich Nietzsche, *Correspondencia. Volumen I (junio 1850 - abril 1869)* (Madrid, Trotta, 2008). Nietzsche nació en 1844, lo que significa que habría sido el filósofo Nietzsche que todos conocemos desde los seis años de edad (uno antes de lo que los cristianos consideran como el uso de razón), lo que quiere decir que no solo sería “escritor póstumo”, como le gustaba decir de sí mismo, sino, según sus editores, escritor prematuro.

12. De Freud como corresponsal véanse, simplemente como ejemplos parciales, Sigmund Freud, *Cartas a Wilhelm Fliess 1887-1904* (Buenos Aires: Amorrortu, 1986), 613; Sigmund Freud, *Correspondencia completa [con Karl Abraham], 1907-1926* (Madrid: Síntesis, 2005), 647; Sigmund Freud, *Correspondencia completa [con Ernest Jones], 1908-1939* (Madrid: Síntesis, 2001), 941.

13. Decimos *de manera directa*, pues el editor del libro, que conoce muy bien la historia del psicoanálisis y la biografía de Sigmund Freud, ofrece muchas informaciones sobre esa otra correspondencia que no constituye el núcleo central de las *Cartas de viaje*.

Pero de manera básica, *Cartas de viaje* es un libro de correspondencia privada, y de manera más precisa, un libro de *correspondencia familiar* no destinada a una difusión amplia, lo que le da un tono de liberalidad y envuelve esa correspondencia en un ambiente de juego, de implícitos, de intercambio “secreto”, más o menos sincero, no despojado del velo que cubre sin excepción toda relación social, pero liberado del fondo de formalidad y ocultamiento que entraña la correspondencia oficial¹⁴.

Se trata asimismo de una correspondencia singular, porque, a pesar de ser privada, se inscribe en el registro de la *lectura colectiva* —aunque no pública—. Ocurre que Freud —un jefe de tribu—, escribe a su familia entera —“Queridos todos”, le encanta decir—, aunque también cambia de manera repetida el principal destinatario de sus cartas —el destinatario que aparece en la parte superior de la carta—, distribuyendo el destinatario principal entre su mujer —Martha— y alguno de sus hijos; aunque la lectura de los textos deja en claro enseguida que el destinatario es colectivo y que está escribiendo a toda la familia.

El destinatario colectivo —“Queridos todos”—, es muy frecuente en las cartas largas, las que ocupan varias páginas y que no se limitan a la brevedad de una o dos postales, y en las que resume para toda la familia hechos y experiencias que le parecen de alto valor educativo. Pero con independencia del destinatario señalado de manera explícita, se trata siempre de la *familia Freud*, a la que se le ofrecen noticias de su explorador mayor, quien parece encontrarse en un reconocimiento de terreno, del cual se encuentran siempre pendientes los otros miembros del grupo familiar.

Un punto importante en esta correspondencia tiene que ver con el papel que en ella juega la circulación de la cultura (que aquí siempre quiere decir “cultura clásica”, Grecia, Roma y el Renacimiento, principalmente). Como queda claro de manera explícita en estas *Cartas de viaje*, Freud no escribe a su mujer, sino a su familia, y más allá de los detalles domésticos incluidos (una camisa arrugada, los problemas con la ropa sucia, la falta de un pañuelo), la *carta* juega un papel educativo preciso, relacionado con la asimilación de la cultura clásica por todo el grupo familiar.

Su viaje, realizado en solitario o, de manera más frecuente, con un acompañante —por ejemplo, Alexander, su hermano mayor—, significa siempre un caudal de informaciones para el conjunto de la familia y entraña una especie de lección permanente sobre la tradición cultural de Occidente y sobre el papel del arte —en especial la pintura y la escultura— en la educación (aunque Freud no deje de mencionar también observaciones de “sociología silvestre” y prejuiciada sobre los pueblos mediterráneos, cuando viaja por Italia, y, años después, sobre el “temperamento de los americanos”, cuando se encuentre en los Estados Unidos).

14. Sobre la correspondencia familiar —sobre todo la correspondencia familiar “burguesa”—, véase Cecile Dauphin et ál., *Ces bonnes lettres. Une correspondance familiale au XIX siècle* (Paris: Albin Michel, 1995).

Pero las cartas de Freud parecen ser, ante todo, una forma de *reproducir y reinventar los lazos familiares*. En las cartas ahora publicadas Freud no solo cuenta sus andanzas, sino que rememora muchos *hechos de familia*, pregunta sobre sus miembros o menciona algún detalle particular de alguno de ellos; y la correspondencia muestra de qué manera los acontecimientos del viaje —la comida, lo observado en un museo, un paisaje— disparan su memoria familiar.

Las *Cartas de viaje* muestran a Sigmund Freud como jefe de familia, que se encuentra pendiente de cada uno de los miembros del grupo, y si bien los viajes son la oportunidad de dejar por unos días las obligaciones familiares y la rutina que en Viena imponen la familia y el trabajo¹⁵, la nostalgia se hace sentir bien pronto, según él mismo lo indica, en carta a Martha, tan solo cuatro días después de haber partido en su primer viaje hacia Venecia: “La necesidad de ti y de los niños estaba adormecida los primeros días por las nuevas impresiones”¹⁶.

Los sistemas de correo y telégrafo que, como han advertido muchos investigadores de la evolución postal, habían mejorado sensiblemente a finales del siglo XIX, permitían una comunicación constante y, como la ruta de los desplazamientos y las paradas estaba previamente convenida, el intercambio es fluido, y en muchas oportunidades diario. En cierta manera, la presencia o la ausencia de noticias es materia de la propia correspondencia. La presencia constante de Freud y de sus acompañantes en las oficinas de correo de los lugares que visita es permanente, y bien sea porque se recibe la carta anhelada o porque se pregunta por ella, a través del propio correo, las cartas constituyen un objeto permanente de atención¹⁷.

El contacto —¿el control?— es, pues, permanente y las novedades técnicas y las mejoras materiales lo favorecen. Así, por ejemplo, desde Grecia, mientras navega, en 1904, escribirá a sus hijos y mujer: “Como es natural, no me será fácil separarme de vuestras noticias: espero que escribáis a Atenas y telegrafíéis a Corfú. Desde Atenas telegrafiaré inmediatamente con respuesta pagada”¹⁸.

Sobre este punto de los lazos familiares, la *idea de conjunto* que deja esta correspondencia del viajero lejos de la familia es de una cierta ambigüedad. Freud declara sin grandes dramatismos, de manera explícita y con precisas muestras de humor, que aprecia estar lejos de casa, como una forma de descanso y de distancia necesaria, pero al tiempo siente mucha nostalgia de esa familia con la que tiene lazos de afecto tan especiales, una nostalgia que con el paso de los años y la pérdida de cierta fogosidad parece acentuarse, como si la entrada en un nuevo ciclo de vida trajera siempre una añoranza de sus seres queridos. Como escribe desde Londres, a donde ha marchado solo, en el verano de 1908: “Después del ataque de nostalgia de ayer, he pasado hoy una mañana muy agradable en Hydepark, de donde acabo de volver”¹⁹.



15. Como Freud escribe a Wilhelm Fliess antes de partir de viaje en el verano de 1900 y después de haber pasado la mitad de las vacaciones con la familia: “De hoy en tres semanas, si no se interpone nada, nos evaporamos [con Alexander], vivimos cuatro días como estudiantes o como turistas, como hacemos siempre”. Sigmund Freud, *Cartas de viaje 1895-1923*, 23.

16. *Ibíd.*, 38.

17. “Tesoro mío”, le escribe a Martha desde Venecia, en el verano de 1895, cuando su primer viaje, “acabo de recibir tu tarjeta del miércoles. Te agradezco mucho tu nueva cualidad de magnífica corresponsal”.

18. *Ibíd.*, 41.

19. *Ibíd.*, 173. *Ibíd.*, 240. Pero Freud puede recrear también la sensación contraria, la de no querer regresar. Así, por ejemplo, en Roma: “Es lástima no poder vivir aquí de modo permanente. Lo único que se tiene de estas breves visitas es una añoranza no satisfecha y una sensación de insuficiencia en todos sentidos”. *Ibíd.*, 224.

III

20. No se puede dejar de mencionar —como lo hacen el propio Freud y el editor del libro— que Italia tiene un diferencial de precios y moneda que favorece enormemente a Freud y favoreció en general la oleada turística que recorre Italia desde finales del siglo XIX.

Los ingresos de un día de consulta de Freud le permitían pagarse un viaje de dos semanas por Italia. Véase *ibíd.*, 22.

21. Como en el caso de Marx, la situación de pobreza es conocida, y Freud habló muchas veces de ella. Pero en esta etapa de mejora y ascenso social de su vida, se permite a veces decir que algo de dinero le sobra, y se dedica a veces, como él mismo lo narra, a contemplar su billetera y se va haciendo un hombre ducho en el manejo de sus recursos, en el cálculo de precios y en la valoración de lo que compra, por fuera de ser un constante regateador. Por lo demás, le encanta mirar y contar los billetes: “En mi cartera reina un auténtico politeísmo: coronas y marcos, y ahora el Dios supremo: el dólar”, exclama en un momento de su viaje a los Estados Unidos en 1909. *Ibíd.*, 290. Con esto pone de presente no solo que cuenta con dinero, sino que se está haciendo en sentido estricto un *individuo moderno* en una *sociedad capitalista*, ahora que se hace ducho en los “valores de cambio” y en el manejo del “equivalente general”.

22. *Ibíd.*, 75.

La actividad viajera de Freud, como ya lo hemos mencionado, coincide con un acontecimiento personal y con un cambio social. Por un lado, la aparición del gran turismo de masas y los avances económicos y culturales de las nuevas clases medias en Europa. Por otro lado, el propio éxito económico de Freud en su consulta privada, lo que le permite ahora, después de años de privaciones, darse lujos y placeres que le habían sido desconocidos, todo sobre el fondo de un innegable reconocimiento intelectual, que tendrá como punto más visible, algunos años después de iniciada su actividad viajera, la invitación que en 1909 le hará la Universidad de Clark en los Estados Unidos²⁰.

Freud parece ser muy consciente de eso que ha cambiado en su vida personal, y el dinero parece ser, por primera vez en su vida, un medio para acceder a cosas que desea y ya no solamente una preocupación cotidiana, como lo era en la época de noviazgo con Martha, cuando debió posponer su boda varias veces, por lo que él reconocía como una situación de pobreza²¹.

Viajar en condiciones económicas favorables ha hecho de Freud, de manera sorprendente, según lo muestran estas *Cartas de viaje*, un *bon vivant*, un hombre que empieza a apreciar la buena comida y el vino —dos temas a los que se referirá de manera constante en sus cartas— y a desarrollar un alto aprecio por su propia presentación, y todo ello le produce sensaciones contradictorias y desconocidas que aparecen con una enorme carga de humor en estas *Cartas de viaje*, como cuando escribe a Martha desde Sienna, en 1897, que el día anterior “ha comido excelentemente en Livorno”, agregando en tono simpático para cerrar la frase: “Me vuelvo tan materialista”²².

Su primer viaje a Venecia, en 1895, parece contener ya el modelo general de lo que serán sus viajes por Italia y por las demás regiones y ciudades visitadas en Europa y Estados Unidos. Por fuera del arte y la observación del paisaje y de sus semejantes, los placeres mundanos de la comida y la bebida y las compras permanentes de objetos para sí y para su familia (Freud llevaba siempre una lista de encargos, y los días de compras estaban siempre reservados dentro del itinerario de viaje) ocupan gran parte de la correspondencia de este “nuevo consumidor moderno”, que descubre las dichas y alegrías de la buena vida, ahora que puede pagar por ellas, y que empieza a asimilar una forma de relación con el consumo que va más allá de la simple “satisfacción de necesidades” y que implica refinamientos y sofisticaciones que antes le eran desconocidos.²³ Desde

23. Desde Palermo, en 1910, dirá a su familia que “únicamente con las compras tengo las mayores dificultades. No hay tantas cosas que no haya en cualquier otro sitio y que le induzca

a uno a llevárselo [...] por lo que ruego que queden anuladas las promesas que he hecho a este respecto y se acepte como compensación en Viena su valor en dinero”. *Ibíd.*, 349.

Bolonia, en 1896, Freud escribirá sobre el reverso de una tarjeta postal enviada a Martha: “El día muy bueno; sin calor. El vino, delicioso. Aquí habrá seguramente oportunidad de comprar algunas cosillas que valgan la pena”²⁴; y desde Palermo, muchos años después, en 1910, escribirá a Martha:

Palermo ha sido una tremenda francachela que uno no debe en realidad permitirse solo. Prometo solemnemente, en todas las juergas que estén por delante durante el año, pensar que yo ya he tenido y gozado mi parte. Este esplendor de colores, aromas, cosas vistas... y bienestar, nunca lo he tenido todo junto. Ahora ya ha acabado todo, se cierra y se abre para otros. Pero para mí quizá haya en Siracusa algo todavía mejor.²⁵

El nuevo sibarita no agota, desde luego, sus placeres en la comida y la bebida, como podría parecer a primera vista, por la reiteración misma del hecho en esta correspondencia familiar²⁶. En realidad, la sensación de disfrute y beneplácito se extiende y casi se sustenta en el hecho mismo de viajar, de relacionarse con el arte y de poder disponer del tiempo a la manera de un vagabundo que deja a un lado las rutinas de Viena y la vida familiar y profesional²⁷.

Entre la nueva relación que Freud sostiene a partir de estos años con el arte, la observación de la naturaleza (le encantan las montañas, lo atraen las flores, disfruta el paisaje) y sus nuevos placeres más mundanos, hay una conexión estrecha y es el *conjunto* el que produce en él una energía y vitalidad que derrotan a sus compañeros de aventura (a Alexander y a Minna por ejemplo) y lo hunde en un espíritu expansivo y lo hace un hombre alegre, aprobador de la vida y comunicativo, según indican muchas de sus cartas²⁸.

Pero tal vez lo esencial sea una sensación de desprendimiento del mundo del deber; y una relación diferente con el tiempo, la mayor novedad; una novedad que incluso por momentos aterra a Freud, como por momentos lo aterra la atmósfera de belleza que rodea sus viajes, principalmente dedicados al conocimiento directo de producciones artísticas de las que anteriormente no tenía más que una idea vaga en la mayoría de los casos.

En muchas de sus cartas Freud aborda el tema del tiempo y de la relación desinteresada con las gentes y con las cosas, la vivencia del tiempo como simple gozo *gratuito*, un tema que también abordó en muchas ocasiones Thomas Mann, desde su primera visita a Venecia, en 1911.

Comenzando Freud su vida de viajero en 1895, en Venecia, al final de una de las primeras jornadas escribirá a Martha que: “Está decidido que no te enviaré muchas descripciones”, explicándolo de esta manera: “No es posible en medio del vértigo que Venecia produce en todos”, para agregar: “Nos sentimos [él y su hermano] bien y

24. *Ibíd.*, 50. En la postdata de la carta añadirá: “La comida, exquisita; próximo veraneo en Bolonia”, y reiterará ahí mismo: “PPDD: La comida fabulosa”.

25. *Ibíd.*, 349. Freud agrega en clave irónica y con una escritura magnífica: “Lamento terriblemente no poderoslo proporcionar a vosotros... no debería haber sido yo psiquiatra y presunto fundador de una nueva orientación de la psicología, sino fabricante de algo de utilidad común, como papel higiénico, cerillas, botones de calzado, etc. Para cambiar de rumbo es ya demasiado tarde. Así que sigo gozándolo de manera egoísta, aunque lamentándolo, solo como cuestión de principio”.

26. Desde Grecia hablará una vez más sobre sus comidas, y dirá que se trata de “opíparas comidas”, “con sus excelentes aperitivos (aceitunas, *acciu*ge [anchoas], mortadela), de los que se ingiere una cantidad superior al especio del que se dispone para la comida. No hay endurecimiento ni ascetismo que valgan...”. *Ibíd.*, 174-175.

27. “Lo más bonito de Florencia son las colinas que la rodean, llenas de olivos y de viñedos”, escribe este observador de la naturaleza, a la que no olvida, a pesar de su amor por la pintura y la escultura. *Ibíd.*, 58.

28. El ritmo que se impone y que impone a sus acompañantes parece ser infernal. Desde Florencia, ciudad que lo trastornó, escribirá, en el verano de 1896: “Magnífico, infernal barahúnda, demasiado para un ser humano. Mañana más”. *Ibíd.*, 55

andamos todo el día de un lado para otro; a pie, en barco, mirándolo todo, comiendo, bebiendo”²⁹, y agregará a continuación algunas líneas que resumen la actividad de ese día, para terminar diciendo:

[...] gozamos hasta la saciedad de tintoretos, tizianos y canovas; cuatro veces estuvimos en el café Quadri de la plaza, escribimos cartas, iniciamos conversaciones sobre compras, y dos días nos parecen medio año.³⁰

“Florenca es de una fascinación increíble. Los tesoros están en la calle por todas partes”, escribe Freud desde esa ciudad que tanto lo impresionó y que finalmente lo hizo entrar en dudas y en reflexiones de gran interés sobre la relación entre el arte y su disfrute. En una carta de septiembre de 1896, una de las más intensas y elaboradas sobre ese punto, después de señalar algunos pequeños padecimientos que aquejan a esta nuevo adalid del *confort* (los mosquitos, el clima, las incomodidades del tren), le dirá a Martha (y a los otros miembros de su familia), aunque queda la impresión de que es principalmente a él mismo a quien lo dice:

29. *Ibíd.*, 37.

30. *Ibíd.*, 38.

31. *Ibíd.*, 60. La carta se cierra de la siguiente manera: “Las compras son más difíciles de lo que se cree; podría gastarse muchísimo. Pero se me están cerrando los ojos. [...] tengo que confesar que, en medio de tanta belleza, me viene a veces el pensamiento de que donde mejor se está es en casa”. En carta anterior, desde la misma Florenca, había escrito un día antes: “Estás nadando en arte y te vuelves soberbio, un tanto engreído”. *Ibíd.*, 58.
32. *Ibíd.*, 195-196. En una carta posterior, de 1908, escrita desde la Lombardia, y de regreso de su actividad viajera, Freud dirá: “[...] después de la gran abundancia de vivencias del verano, *necesitaba unos cuantos días de bienestar sin más contenido*. Saló y el hotel han sido perfectos para ello”; y más adelante: “Ayer y hoy nos limitamos [Freud y Minna] únicamente a dar paseos, *algo que lo hace a uno sentirse bien sin más razón*”. *Ibíd.*, 262. Las cursivas son mías.

La novedad y la belleza del arte y de la naturaleza te compensan muchísimo de todo; pero llega un momento con el arte en el que flotas en un disfrute uniforme, crees que tiene que ser así, ya no se producen estados de éxtasis, cuando las iglesias, las madonas, las penalidades de Cristo se tornan indiferentes y se anhela algo distinto, no se sabe muy bien qué. La sensación en cuanto llegamos a Florenca es que la ciudad te oprime y se apodera de ti; los monumentos están por decenas en medio de la calle; los recuerdos históricos bullen de tal manera que no es posible distinguirlos unos de otros [...]³¹

Hay presente en estas cartas de Freud dos actitudes que en principio parecerían opuestas y que, sin embargo, despejado el equívoco de falsa oposición que al principio parecen indicar, resultan ejemplo de una concepción muy renovadora del viaje. Por un lado, la tendencia al vagabundeo, a la contemplación desinteresada y gratuita de la belleza, todo condimentado con los placeres mundanos de la comida y el vino. Como lo escribe Freud, de manera precisa y con trazos literarios de gran calidad, desde Rapallo en 1905, el viaje, el arte, el descanso y la liberación de los horarios habituales de trabajo lo hunden en una deliciosa molicie:

No hay manera de hacer nada: el sol celestial y el mar divino —Apolo y Poseidón— son enemigos de todo rendimiento, [...] me hundo totalmente en la molicie.³²

Por otro lado, la idea, muy importante, de que el viaje es una forma de trabajo, un tipo particular de actividad intelectual formadora, que representa tanto un descanso espiritual, como una exigencia de renovación y de nuevos aprendizajes.

Freud lo dice de una manera directa, y el verbo trabajar, como condición de sus desplazamientos por las ciudades italianas, es recurrente. Así, por ejemplo, en 1898, en carta para Martha, desde Milán, escribirá que tiene la “nariz totalmente tapada” y menciona que ha tenido “dolor craneal”, pero que en general se encuentra bien y que ha visto muchas cosas (se refiere a obras de arte y construcciones arquitectónicas), para rematar de la siguiente manera: “[...] en realidad he trabajado duro”, y más adelante volverá sobre la misma idea, al decir que el viaje sin compañía —en ese momento viaja solo— reduce los placeres, aunque agrega que, de esta manera, “es más favorable para el estudio”³³.

Así pues, una idea de disfrute del arte, pero de una forma en que el placer y el trabajo no se separan, una idea del trabajo como trabajo creativo y no solo reproductivo, una idea de la relación con el arte como proceso de formación, la concepción precisa de que el “hombre de letras” no descansa ni pierde el tiempo cuando a su trabajo suma el placer del arte. Desde este punto de vista, en medio de la gran corriente del viaje turístico a la Italia rica en obras de arte de toda clase y naturaleza, que se ofrecen a la mirada de quien puede pagar por ese placer, se perfila una forma diferente del viaje: ni el exotismo, ni el simple disfrute paisajístico y superficial, sino ante todo una relación creativa y fecunda, que se constituya en un principio de renovación y de enriquecimiento de la vida personal.

Por otro lado, una idea precisa del *trabajo*, que no lo identifica simplemente con el *trabajo asalariado*, y una idea del *trabajo intelectual*, que no lo piensa simplemente como actividad pasiva y contemplativa, sino como conjunto de operaciones prácticas (como la de viajar) dirigidas a la transformación. Es un punto importante en el que parecen coincidir muchos de los grandes creadores del siglo XIX, como Marx, por ejemplo, de quien se conoce la reprimenda que dio a su yerno Paul Lafargue, luego de que este había escrito su *Derecho a la pereza*, como una supuesta reivindicación obrera contra el trabajo asalariado, como si a un mal trabajo hubiera que oponer un mal disfrute (la pereza) y no una forma diferente de trabajo: aquel que enriquece y le permite al sujeto el crecimiento de sus potencialidades creativas³⁴.

IV

Como habíamos mencionado, con buen conocimiento del problema o por lo menos con buena intuición del sentido y propósito del libro, el editor ha incluido entre las cartas de viaje de Freud que reproduce este volumen las cartas que escribió en camino hacia los Estados Unidos, durante su estadía y en el viaje de regreso. Para nuestro propósito de mostrar la confluencia entre los grandes cambios sociales de la época y

33. *Ibíd.*, 111-112. Freud agregará que ha visto la *Cena de Leonardo* y que la ha encontrado maravillosa, a pesar de cierto deterioro, y agregará: “Si sigo viajando así unos meses, me voy a convertir en experto”.

34. La parte de las vacaciones de verano que Freud pasa con sus hijos y mujer no significa para Freud el abandono del trabajo y de la reflexión, y dedica media jornada de estos días al trabajo de lectura y de escritura y a su correspondencia. *Ibíd.*, 117. Del texto de Paul Lafargue, falsamente identificado con un “análisis marxista”, hay muchas ediciones. Véase Paul Lafargue, *El derecho a la pereza (refutación del derecho al trabajo)*, (Barcelona: Presa, 1990). La discusión sobre el carácter y el significado le llevó a Marx toda su vida intelectual, siendo por lo tanto difícil captar su idea de trabajo a partir de uno solo de sus textos. Los llamados “Manuscritos de 1844” pueden ser considerados como el inicio en su trabajo de exploración de esa noción, pero su concepción va a variar y a precisarse en nuevas direcciones varias veces a lo largo de su vida. Véase —entre varias ediciones— Karl Marx, *Manuscritos. Economía y filosofía* (Madrid: Alianza, 1968).

35. Los hechos relacionados con la invitación académica son bien conocidos. Véase, para una idea general, Sigmund Freud, *Cartas de viaje 1895-1923*, 265., en donde el editor recuerda los hechos básicos. Cuando decimos que Freud tomó con tranquilidad la invitación y el propio viaje, no queremos decir que no se emocionara. Como él mismo lo dice: “Lo real se suma a lo imaginado y a lo juvenil, y me hacen perder un tanto la serenidad”. *Ibíd.*, 265.
36. Freud tenía en ese momento 53 años y su optimismo y la observación sobre su salud y juventud, lo que puede ser o no ser cierto, se vuelve una declaración aún más valiosa, si se tiene en cuenta que no se trata de 53 años de hoy, sino de hace un siglo, es decir, de un momento en que la esperanza de vida de los europeos era sensiblemente menor que la que existe hoy en esa y otras sociedades.
37. *Ibíd.*, 268.
38. *Ibíd.*, 281. Se puede recordar de paso que en un barco similar, aunque aún más moderno, viajaría en 1934 Thomas Mann a los Estados Unidos, y durante el viaje escribiría sus famosas reflexiones sobre el Quijote. Véase *Travesía con Don Quijote* (Barranquilla: Instituto de Lenguas Modernas, 1995); Thomas Mann, como Freud, realizará también durante su viaje observaciones sobre ese microcosmos social que constituye un transatlántico, lugar de todos los refinamientos, las excentricidades y las muestras de riqueza, y que ayer, mucho menos que hoy, constituía uno de los más grandes espectáculos de exhibición de la alta sociedad.

la propia trayectoria de Freud, esta parte de la correspondencia resulta sustancial, pues viajando a los Estados Unidos podremos observar, a través de sus cartas, a un Sigmund Freud vivaz, afirmativo, con una gran capacidad de apreciar los placeres de la vida y amante de la amistad y de la conversación, lo mismo que gran observador del prójimo.

La *impresión general* que resulta de ese grupo de cartas es la de que Freud, muy seguro de la distinción que recibía con el llamado de la Universidad de Clark, abordó el asunto de una manera muy tranquila, sin grandes afanes y sin grandes pretensiones, muy seguro de su posición en el mundo (social y económico) y consciente de que el psicoanálisis había conquistado en Estados Unidos lo que en parte se le negaba en Europa, donde Freud se sentía, según sus propias palabras, como un proscrito³⁵.

Sobre su estado general de ánimo Freud dirá, años después —pero sus palabras son incluidas por el editor en la presentación de este apartado de la correspondencia—, que se “sentía joven y sano”, y agrega que la estancia en los Estados Unidos le “hacía bien al sentimiento de mi dignidad personal. En Europa me sentía como un proscrito; aquí me veía aceptado por los mejores como un igual”³⁶, con lo que describe de manera precisa el proceso de reconocimiento intelectual y de “enclasmiento social y cultural”, por el que pasa, tal como se revela con claridad en la frase “me veía aceptado por los mejores como un igual”, y al añadir a continuación que el viaje y la invitación eran, a su manera, la realización de un deseo:

Era como la realización de un ensueño inverosímil, cuando en Worcester subí a la cátedra para pronunciar mis *Cinco lecciones sobre psicoanálisis*. Así pues, el psicoanálisis había dejado de ser una ilusión; se había convertido en un valioso trozo de la realidad.³⁷

Freud realizó el viaje hacia los Estados Unidos en compañía de Jung y de Ferenczi —dos de sus grandes amigos, aliados y discípulos en ese momento—, a bordo de un transatlántico de la Lloyd, bautizado *George Washington*, el más grande y moderno que en ese momento poseía la compañía. En el barco viajaban 2400 personas, de las cuales 1126 eran personal dedicado a dar a los viajeros la más fina atención. Según las palabras de Freud, seducido por la calidad del viaje, “eres el huésped de un palacio [...] y aparentemente tienes todo gratis”.³⁸

El viaje en el transatlántico fue para este Freud triunfante que se dirige a su coronación intelectual en los Estados Unidos una sincera ocasión de disfrute, cuyo único y menor fastidio parece haber sido, según el propio testimonio de Freud, la presencia en el mismo barco del profesor William Stern, también invitado por la Universidad de Clark, quien era un especialista en los test y la psicología de la personalidad, y quien mantenía una gran hostilidad hacia el psicoanálisis y su fundador, lo que da lugar a simpáticos episodios de niños que se dirigen frases cortantes, se dan la espalda y están dispuestos a sacarse la lengua.

Pero por fuera de este pequeño inconveniente, Freud y sus dos amigos gozaron del viaje y de la rara sensación y efectos profundos que produce el aislamiento en medio del océano, según lo escribía Freud en un diario que de manera no del todo constante llevó durante la travesía. Los tres amigos, a los que bien se puede designar como los “tres alegres compadres”, por la forma como se entendieron, se dedicaron a comer, beber, conversar, bromear entre ellos y observar esa pequeña sociedad de clase alta que se ofrecía a sus ojos.

Las observaciones de Freud en su diario son siempre de una gran aprobación y vuelven a poner de presente no solo cómo ha ido convirtiéndose en un “hombre de mundo”, sino cómo mantiene intacta, o tal vez aumentada, su capacidad de gozar de la vida, en estos años fecundos de ascenso social y de reconocimiento cultural. Según su propio balance de uno de esos días: “Hemos discutido y nos hemos reído todo el día, sin nada de esfuerzo y sintiéndonos muy bien”³⁹.

Pero las afirmaciones sobre el bienestar que sienten los embajadores del psicoanálisis se repiten en muchas otras entradas del diario y confirman que se trata del buen ambiente general en que transcurrió el “descubrimiento de América”, lo que al parecer produjo además el milagro de minimizar las dificultades intrínsecas del viaje por mar, a pesar de todas las atenciones recibidas, e incluso lo que les permitió a los tres profesores pasar por algunas hechos reales de peligro —como la navegación en medio de la niebla— con cierta tranquilidad festiva⁴⁰.

Freud, que debió ser un gran conversador, escribe que él y sus amigos se llevan muy bien y que la conversación resulta de elevación y de excelencia, sin dejar de considerar que, a lo mejor, “quizá contribuya algo el vino”, el que adquieren por rigurosos turnos, en botellas “que no duran mucho”, y remata diciendo: Nos llevamos de maravilla y nunca faltan temas de conversación. Ese ha sido el verdadero encanto del viaje⁴¹.

La experiencia de visitar los Estados Unidos parece haber sido enorme —“New York nos tiene entre sus garras”, escribirá Freud— y de ella se conoce mucho, por diversas fuentes. A nosotros no nos corresponde aquí volver sobre esto, y podemos limitarnos a recordar simplemente lo que Freud decía a su hija Mathilde (y al resto de la familia) sobre el viaje: que había sido agotador y placentero, pero que estaba contento de no tener que quedarse, aunque menciona que “para nuestra causa probablemente ha sido muy importante”⁴².

En carta de algunos días después, ya desembarcado en Europa, en septiembre de 1909, escribirá que “es estupendo estar de nuevo en Europa, ahora aprecio el pequeño continente”, para cerrar con una frase dedicada a su familia: “Compruebo con placer que todavía no soy superfluo”⁴³.



39. *Ibíd.*, 282.

40. *Ibíd.*, 289.

41. *Ibíd.*, 289. Aquí, como siempre, falta un testimonio de la contraparte para tener un cuadro completo de las percepciones que los pasajeros a su vez se hacían de los “tres alegres compadres”, dedicados de manera sistemática a comer, beber y conversar. La diferencia entre unos y otros la indica Freud con precisión, cuando escribe: “Debemos ser los únicos a bordo que hacemos un trabajo intelectual y que, por lo general, conversamos [...]”, pasando en seguida a describir las actividades y actitudes del resto de los pasajeros: tirados en sus tumbonas con una cobija en las piernas, jugando a las cartas de manera constante, participando en toda clase de subastas y concursos, todo de una manera que recuerda las descripciones que Thomas Mann hiciera en *La montaña mágica* de los personajes del Berhof.

42. *Ibíd.*, 306.

43. *Ibíd.*, 311.

Freud viajará todavía mucho durante los años siguientes, pero sin moverse del continente; volverá a muchos de sus sitios queridos en Italia y hacia 1923 decidirá con mucha tranquilidad suspender sus vacaciones de verano, vacaciones en las que “vagabundeaba” en busca de obras de arte por conocer o por volver a ver, comprando nuevas piezas para su colección de estatuillas, ampliando sus conocimientos arqueológicos, una tarea que la edad y la enfermedad ya no le permitían, pero que había sido tan determinante en su época de adulto.

En 1939 deberá tomar el camino de Londres, el camino del exilio, perseguido por los nazis, que seis años atrás se habían hecho al poder en Alemania y habían quemado sus obras y prohibido la difusión de una doctrina considerada como otra forma moderna de perversión.

V

Mientras lo pudo hacer, a partir de cierto momento en que sus ingresos y sus usos del tiempo se lo permitieron y hasta que su cuerpo resistió, Freud fue un gran viajero. Con menos fuerza que en el Thomas Mann que viaja con su hermano Heinrich a Venecia en 1911 —*Muerte en Venecia* se escribirá muy pronto—, su viaje se incluye en una conocida representación imaginaria que divide Europa entre el norte frío y racionalista, ligado a la lógica y al trabajo, y el sur expansivo, soñador y cálido. Su correspondencia de viaje, titulada en castellano *Cartas de viaje*, en alemán se titula “Nuestro corazón señala hacia el sur”, una frase tomada de una de las cartas de viaje de Freud a su mujer, incluida en el texto⁴⁴.

44. El título original del libro es *Unser Hertz zeigt nach dem Süden. Reisebriefe 1895-1923*.
45. Muchas veces conocía al detalle las ciudades antes de visitarlas, discutía itinerarios e imaginaba variantes diversas. Sobre todo esto véase *ibíd.*, 1-30, y para un viaje en particular, su viaje a Roma, sobre el que han especulado mucho los psicoanalistas y otros especialistas en temas culturales —el propio Freud habló de su “anhelo neurótico de Roma”—, véase *ibíd.*, 20, y Carl Schorske, “Politique et parricide dans *L'interprétation des rêves* de Freud”, *ANNALES. Économies, Sociétés, Civilisation* 2 (1973): 316, texto incluido también en Carl Schorske, *Fin de siècle Vienne: politics and culture* (New York: Alfred Knopf, 1979). Hay traducción castellana.

Según indica el editor del libro y lo comprueban repetidamente sus cartas, Freud preparaba de manera cuidadosa sus viajes, poseía guías —un tipo de libro que supone el turismo de masas— y consultaba con frecuencia otro más titulado “Instrucciones para realizar observaciones científicas cuando se viaja”. Freud se apoyaba, además, en los conocimientos de su hermano Alexander —uno de sus compañeros favoritos de viaje—, quien era el autor de un “Índice de las estaciones de Ferrocarril”, publicado en 1897 y en quien podemos suponer grandes conocimientos al respecto, por fuera de su propia pasión de viajero⁴⁵.

Lo que Freud busca de manera apasionada durante sus viajes, por fuera de cierto descanso y alguna distancia frente a su familia —a la que por lo demás se ligaba con una gran dosis de afecto—, era el contacto y el conocimiento directo del arte. Aunque en sus viajes entró muchas veces en contacto con el teatro y con la ópera y pudo ver algunos de los primeros pasos del cine, su relación esencial es la que tiene con la *imagen*, como el mismo lo afirma, lo que hace que la visita de museos e iglesias

constituya tal vez su mayor fuente de placer: “Hoy seguramente iglesias y cuadros”, dice a su mujer desde Venecia en 1895.

Así, por ejemplo, desde Londres informa a su familia, en las vacaciones de 1908, que ha estado en la mañana en el Museo Británico y que ha disfrutado con las “antigüedades egipcias”, y agrega, “no he podido aguantar más tiempo, pero volveré otra vez a las 3 [p. m.]”; y en carta de dos días después les dirá que por la tarde pensaba “ir a una exposición o a un teatro, pero siempre me faltan ganas. Prefiero prepararme para el museo”⁴⁶.

Igualmente, al llegar a Estados Unidos dirá: “Mi primera intención es ir a visitar el Metropolitan Museum. Contiene las más bellas antigüedades griegas. Así de poco cambia al hombre el sitio en que se encuentra”⁴⁷. Esta mención de los intereses griegos de Freud, que debe extenderse a sus intereses romanos y renacentistas, es decir, su interés inmenso por el arte clásico —el mismo interés que sentía por la literatura clásica—, es un punto central del proceso de autoeducación al que se ligan sus viajes de placer en las vacaciones de verano y que en algún momento parecen convencerlo de que se encuentra en camino de volverse un gran especialista en la materia, según hemos mencionado⁴⁸.

Hay que agregar que la cultura clásica, que en su mayor parte Freud debía a la educación escolar formal (de tan alta calidad en la Alemania de ese entonces), cumplió en la vida del fundador del psicoanálisis papeles diversos, pero que se pueden relacionar entre sí. Por una parte, tal cultura fue fuente constante de identificaciones en Freud, quien parece haber sentido una necesidad permanente de héroes inspiradores para encontrar las fuerzas necesarias para sacar adelante su tarea intelectual, en medio de soledad, incompreensión y una buena dosis de hostilidad⁴⁹.

Pero, además, por otra parte, como lo hizo notar en varias ocasiones Carl Schorske, y como no es difícil de suponer, para los intelectuales europeos del siglo XIX con orígenes judíos, la cultura clásica resultó una forma esencial de asimilación cultural, de grandes rendimientos psíquicos, por cuanto no significaba ni la necesidad de algún tipo particular de “apostasía” ni el abandono de sus tradiciones culturales más elevadas, todo con el beneficio del ingreso en formas de gozo y conocimiento que eran socialmente prestigiosas.

ir al museo y no al teatro, escribe: “Así ocurre cuando uno se hace viejo y las ganas de ver las cosas se reducen claramente. Sigue quedando la necesidad de gente. En Zúrich podré hablar con alguien”. Desde luego que Freud, que conoce el inglés desde su juventud y es admirador de la “cultura inglesa”, no se encuentra intelectualmente aislado.

47. *Ibíd.*, 289-290. Para un comentario de mucho interés y cierta objetividad sobre los intereses arqueológicos de Freud (y su pasión por las antigüedades egipcias), véase Carl Schorske, “Las excavaciones egipcias: la psicoarqueología de las culturas de Freud”, en *Pensar con la historia. Ensayos sobre la transición a la modernidad* (Madrid: Taurus, 2001), 313-351.

48. Los viajes por Grecia son vividos con una enorme intensidad y ponen en juego algo más profundo de lo que se puede suponer en el turismo corriente de hoy, y se revisten en Freud de detalles muy reveladores de su propia relación con el arte y con Grecia. Según escribe a Martha en 1904: “Me he puesto la camisa más bonita para visitar la Acrópolis”. Sigmund Freud, *Cartas de viaje 1895-1923*, 181.

49. Se conoce de sobra el entusiasmo de Freud por Aníbal y sus batallas, pero la búsqueda de héroes es mucho más repetida. Véase, por ejemplo, la carta en que menciona su deseo de quedarse a dormir, en 1896, en su viaje por la Toscana, en una pensión en la que supuestamente Milton, el escritor inglés, había visitado a Galileo. *Ibíd.*, 58-59.

46. Sigmund Freud, *Cartas de viaje 1895-1923*, 239. Sin que eso desdibuje la afirmación de la predilección de Freud por los museos y la imagen, hay que precisar en términos

contextuales que en el viaje a Londres, a pesar de las expectativas, estuvo un poco desanimado por la falta de compañía. Así, después de su observación de que prefiere

Se trata de una actitud generalizada en la clase media liberal con pretensiones intelectuales y con orígenes judíos, que sacaba provecho de una cultura humanística (clásica y renacentista), que constituía el fundamento mismo de la educación brindada por los “gimnasios”, antes de emprender en la universidad una formación técnica especializada, y que en el caso particular de Freud fue un elemento de primer orden para su trabajo en el campo del “alma humana”, pero no menos una fuente de enriquecimiento personal que mostraría todas sus potencialidades cuando pudo hacerse viajero y visitar lo que tantas veces había soñado, en una época en que alcanzaba ya algunos signos importantes del *reconocimiento intelectual* que tanto había buscado y en que pensaba estar encontrando una enorme capacidad de gozar los placeres de la vida: “En los años tardíos se manifiesta en mí mucho talento para gozar la vida”, como escribía a su familia en 1908, cuando visitaba la Lombardía⁵⁰.

Hay, pues, una fuerte conexión, que estas *Cartas de viaje* ponen de presente, entre el “hombre y su época”, y así como no resulta justa la interpretación de la biografía acudiendo simplemente a las “tendencias generales de una época” (para el caso de que existan tales tendencias y alguien logre establecer cuáles son), no resulta tampoco aconsejable dejar de lado en la interpretación de un sujeto la fuerza que un conjunto de hechos sociales puede haber tenido en el curso de su evolución, como en el caso del Freud de estas *Cartas de viaje*, que dejan con facilidad adivinar las conexiones entre cambios sociales, trayectorias personales y dicha de vivir.

Si hemos de creer al tono de la escritura que aparece en estas *Cartas de viaje*, esa dicha de vivir, inseparable de su mejora material, de sus nuevas posibilidades como consumidor, de su éxito profesional y del reconocimiento intelectual que comenzaba a recibir —y que se coronó con la invitación a la Universidad de Clark en 1909, como hemos indicado—, se expresaba de manera particular en un humor liberado de toda carga de resentimiento y muy cercano a la “rueda que gira por sí misma”, como indicaba Nietzsche al hablar del triunfo sobre las malas pasiones, las que resultan de hechos dolorosos no superados que siguen desde la distancia mortificando y modelando las respuestas del sujeto al mundo en que debe vivir.

Un ejemplo de ese humor liberado, ajeno al resentimiento y muy cercano por tanto a lo que de juego e ironía tiene el arte, es el que se encuentra en una carta en que Freud comenta a Wilhelm Fliess su nombramiento como catedrático supernumerario de la Universidad por decreto imperial. El ejemplo es valioso porque la institución universitaria nunca trató bien a Freud, y las dificultades de su acceso a un puesto universitario (en lo que pesaba tanto la política de la época como sus orígenes judíos y sus propias opiniones científicas poco apreciadas por la psicología de ese entonces) por mucho tiempo fueron mal asimiladas por Sigmund Freud. En clave de ironía —no

50. *Ibíd.*, 263. De manera un poco enigmática, Freud continúa su frase diciendo que “en conjunto, es la calma que precede a la tormenta”.

de sarcasmo venenoso— y yendo más allá de su situación personal para hacer una aguda observación sobre las relaciones entre el conocimiento y el poder, Freud escribía a Fliess en 1902 comentando el nuevo honor recibido:

El entusiasmo público es inmenso. Las congratulaciones y los ramos de flores no paran de llegar; como si, de repente, Su Majestad hubiese reconocido oficialmente el papel de la sexualidad, el Consejo de ministros hubiese confirmado la importancia de los sueños y en el Parlamento se hubiera impuesto, con una mayoría de dos tercios, la necesidad de una terapia psicoanalítica para la histeria.⁵¹

Freud propuso una interpretación de su gusto por los viajes, a los que relacionaba con la idea de salir... de salir de un medio de pobreza material —su familia de origen— y, por lo tanto, de limitadas posibilidades de enriquecimiento intelectual y cultural para un individuo cuyos máximos placeres se encontraban en el campo del intelecto y de la reflexión. Citemos la interpretación propuesta por Freud en una carta para Romain Rolland:

Dudaba [...] que llegaría a ver Atenas. Viajar tan lejos, llegar hasta allí se me antojaba fuera de mis posibilidades. Esto tenía que ver con las estrecheces y la pobreza de nuestra vida cuando era pequeño. El anhelo de viajar era también sin duda expresión del deseo de escapar de aquella prisión, semejante al impulso que induce a tantos adolescentes a fugarse de casa. Hacía tiempo que me había dado cuenta de que, en gran parte, el deseo de viajar consiste en el cumplimiento de esos deseos, es decir en el descontento con la casa y la familia. Cuando por primera vez se ve el mar, se atraviesa el océano, se viven como realidades ciudades y países que durante tanto tiempo han sido lejanos, inaccesibles objetos del deseo, se siente uno como un héroe que realiza grandes e increíbles hazañas.⁵²

No sería exagerado decir que lo que Freud presenta en esa carta como interpretación tiene aún un carácter muy aproximado, pues si bien la pobreza fue una condición de su infancia y juventud, su condensación, su transposición en un deseo de viajar y de salir parece general y abstracta y, de la manera en que se encuentra formulada en ese texto, podría ser aplicada a una infinidad de seres humanos —como en el caso de la fórmula abstracta un “lápiz=un pene”, que incluiría a todos los escolares, a buena parte de los empleados, a muchos tenderos, etc.—.

Leyendo estas *Cartas de viaje*, el lector interesado desde el punto de vista del análisis histórico no debe olvidar que se encuentra frente a un tipo de fuente: la *correspondencia*, y de manera mucho más precisa, la *correspondencia privada y familiar*, y que estas cartas se encuentran recorridas en su totalidad, tanto por una

51. *Ibíd.*, 139. En “Politique et parricide...”, Carl Schorske, quien llama la atención sobre el hecho de que ese Freud de 1902 no era el famoso Sigmund Freud que luego acogerá la posteridad, ofrece una interpretación diferente de la que yo presento, y avanza hacia una idea discutible, pero muy elaborada, de las relaciones que Freud tuvo con los poderes políticos y académicos de su época, y se interroga sobre la forma como Freud estilizó y transfiguró el contenido de la política en una dirección psicologista, como una forma de racionalizar su propia relación con el poder. La idea general de Schorske es la de que Freud ha creado una interpretación histórica de la experiencia humana que le permitió hacer de la política una manifestación epifenomenal de las fuerzas psíquicas. Schorske presenta al mismo tiempo una aguda crítica, de mucho interés para los historiadores del psicoanálisis, de la forma abstracta y anacrónica como Freud leyó el *Edipo* de Sófocles. Véase Schorske, “Politique et parricide...”, en particular las páginas 310-316 y 324-327.

52. Sigmund Freud, *Cartas de viaje 1895-1923*, 5-6. El editor del libro cita a continuación lo que escribió Josef Paneth —uno de los grandes amigos de Freud—, en 1883: “Procedente de un hogar pobre, pero dotado de gran energía y decidido talento, se abrió paso, con bastante trabajo y penalidades, en un largo periodo de estudios lleno de hambre y privaciones”. *Ibíd.*, 6.

representación imaginaria que Freud se hace del viaje y de sus propios viajes, como por la imagen que de sí mismo quiere dar ante su familia, convertida a través de estas cartas en testigo de esa nueva vida material y espiritual a la que está accediendo y de la que los hace partícipes.

En general, la lectura de los testimonios que Freud ha dejado sobre sí (tanto su correspondencia como los textos directamente autobiográficos) ha sido tomada por los discípulos de Freud de una manera que no parece completamente fiel a las exigencias de lectura interpretativa compleja que se encuentran en la raíz misma del psicoanálisis (y en general de las ciencias sociales). Por un lado, se dejan de lado todos los datos sociales que pueden servir de complemento y de punto de confrontación de los testimonios que se leen. Por otro lado, *toman al pie de la letra* las palabras de su *maestro*, lo que de manera fácil los conduce a esa trampa del análisis que puede ser designada, siguiendo a Pierre Bourdieu, como “la ilusión biográfica”⁵³.

No deja de ser paradójico, aunque resulte explicable, que la recaída en tal ilusión corra paralela con el olvido de una de las nociones básicas de la interpretación psicoanalítica: la existencia de una novela familiar, es decir, el hecho de que toda narración que alguien hace sobre su vida es por principio una fuerte creación interpretativa, modelada no solo por lo que se sabe que “pasado arcaico” perdido en regiones que solo puede visitar el analista, sino también continuamente transformada en función de la vida presente y sus imposiciones. O, de otra manera: se olvida que, como dice algún personaje, en algún momento, en *El cuarteto de Alejandría*: “Todo paciente miente”.

Se trata de un principio del que los historiadores, de manera muy particular, han sabido sacar exigencias muy precisas para superar la tradicional lectura positivista de las documentaciones con que se ven confrontados en su trabajo, sobre todo cuando indagan problemas que tienen que ver con las subjetividades, con las formas de representarse el mundo y de ligarse a él por parte de individuos o de grupos sociales mayores.

Estas magníficas *Cartas de viaje* escritas por Freud para su familia (su mujer y sus hijos, de manera básica), por fuera de todo lo que nos enseñan sobre la sociedad de su época y sobre el propio Freud, son una oportunidad bendita para el historiador que quiera someter al juicio crítico sus instrumentos de análisis, mientras aprende y disfruta con la prosa de quien fue, como se sabe, un gran escritor.

53. Véase Pierre Bourdieu, “L’illusion biographique”, en *Raisons pratiques* (Paris: Seuil, 1994), 81-89.

BIBLIOGRAFÍA

- BOURDIEU, PIERRE. *El amor al arte: los museos europeos y su público*. Barcelona: Paidós, 2003.
- BOURDIEU, PIERRE. "L'illusion biographique". En *Raisons pratiques*. Paris: Seuil, 1994.
- CHARTIER, ROGER, ED. *La correspondance. Les usages de la lettre au XIX siècle*. Paris: Fayard, 1991.
- DAUPHIN, CECILE ET AL. *Ces bonnes lettres. Une correspondance familiale au XIX siècle*. Paris: Albin Michel, 1995.
- FIGUEROA, GUSTAVO. "Cartas de viaje 1895-1923". *Revista Chilena de Neuro-Psiquiatría* 45.3 (2007).
- FREUD, SIGMUND. *Cartas a la novia*. Barcelona: Tusquets, 1984.
- FREUD, SIGMUND. *Cartas a Wilhelm Fliess 1887-1904*. Buenos Aires: Amorrortu, 1986.
- FREUD, SIGMUND. *Cartas de viaje 1895-1923*. Madrid: Siglo XXI, 2006.
- FREUD, SIGMUND. *Correspondencia completa [con Ernest Jones], 1908-1939*. Madrid: Síntesis, 2001.
- FREUD, SIGMUND. *Correspondencia completa [con Karl Abraham], 1907-1926*. Madrid: Síntesis, 2005.
- GINZBURG, CARLO. "Morelli, Freud y Sherlock Holmes: indicios y método científico". En Umberto Eco y Thomas Sebeock, eds., *El signo de los tres: Dupin, Holmes, Peirce*. Barcelona: Lumen, 1989.
- LAFARGUE, PAUL. *El derecho a la pereza (refutación del derecho al trabajo)*. Barcelona: Presa, 1990.
- MANN, THOMAS. *Travesía con Don Quijote*. Barranquilla: Instituto de Lenguas Modernas, 1995.
- MARX, KARL. *Manuscritos. Economía y filosofía*. Madrid: Alianza, 1968.
- NIETZSCHE, FRIEDRICH. *Correspondencia. Volumen 1 (junio 1850 - abril 1869)*. Madrid: Trotta, 2008.
- RODRÍGUEZ FISCHER, ANA. "Cartas de viaje (1895-1923)". *Letras Libres* 60 (octubre, 2006): 69-70.
- SCHORSKE, CARL. *Fin de siècle Vienne: politics and culture*. New York: Alfred Knopf, 1979.



